

## Homilía del Sr. Card. Mario Aurelio Poli en la Celebración de la Solemnidad del Cuerpo de Cristo

*“Pan vivo para el camino”*

18 de junio de 2017-Iglesia Catedral

Deuteronomio 8, 2-3. 14b-16a

Salmo 147, 12-15. 19-20

1 Corintios 10, 16-17

Juan 6, 51-58

El pueblo de Israel, después que Dios lo hizo salir de Egipto, emprendió el camino hacia la tierra prometida. Pero los israelitas, quejosos y desagradecidos, pronto se volvieron contra Moisés y se olvidaron de que el Señor los liberó de la esclavitud del Faraón; por eso no se hizo esperar la advertencia: «Acuérdate del largo camino que el Señor, tu Dios, te hizo recorrer por el desierto» (Dt. 8,2). Durante el recorrido, Dios los puso a prueba para conocer las reacciones de su corazón, sede de las convicciones más profundas, como son la fidelidad y perseverancia en cumplir los mandamientos. Pero Dios no abandona nunca a sus hijos y en la desesperación les «dio a comer el maná» (Dt.8,3) para que no desfallecieran en el camino, porque Dios corrige y protege a su pueblo como un padre a sus hijos (cfr. Dt.8,4). De la primera lectura nos queda la imagen de un Dios que no se arrepiente de sus promesas y es fiel a la alianza, no obstante las infidelidades, idolatrías y olvidos de su pueblo, porque es «lento para enojarse» y «de gran misericordia» (Ex 34,6); y a pesar de todo, «en esa tierra sedienta y sin agua, hizo brotar para ti agua de la roca» (Dt. 8,15). El maná y el agua eran figuras que anunciaban realidades misteriosas; acaso predecían un alimento superior, también bajado del Cielo pero no para la muerte, sino con el poder de comunicar la vida de Dios. El destinatario será el nuevo pueblo con quien Él iba a pactar una alianza definitiva: su Iglesia peregrina en el desierto de la historia.

La celebración del Corpus es de origen medieval, aunque en realidad nació en Belén, que significa *Casa del Pan*. El milagro de los siglos ocurrió entre los angustiosos apuros de un padre de familia, de oficio carpintero llamado José de Nazareth, y los sobresaltos de una joven parturienta llamada María, de la tribu de Judá. Ahí descendió el Pan Vivo para la salvación de la humanidad. Fueron los pobres pastores los primeros en reconocerlo (cfr. Lc. 2,8 ss.).

El evangelista San Juan, en el capítulo 6, narra con muchos detalles el milagro de los panes y los peces, y respetando la lógica de la pedagogía divina, nos va llevando del alimento distribuido en abundancia entre la multitud, a la invitación que nos hace Jesús para dejarse comer y beber Él mismo, de modo que no tengamos más hambre ni sed. En el Evangelio, el diálogo entre Jesús y sus seguidores corre por dos niveles. Uno, el de Jesús que se ofrece como alimento: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo» (Jn. 6,51); y el otro, la gente que se escandalizaba pensando: «¿Cómo este hombre puede darnos a comer su carne?» (Jn. 6,52). El Señor estaba anticipando lo que nos iba a dejar en la Última Cena y Primera Eucaristía, que luego se consumiría en la Cruz.

San Pablo resume con pocas palabras lo que entendían las primitivas comunidades cristianas cuando celebraban la fracción del pan: «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la Sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo?» (*I Co.* 10,16).

En la fiesta del Corpus volvemos todos los años sobre esta donación de Jesús a su Iglesia, memorial perpetuo y delicada presencia entre nosotros. Durante dos milenios el pueblo de Dios se alimentó de su Cuerpo y de su Sangre y tomó de la Eucaristía lo que necesitaba para transitar la historia humana, porque este alimento no hace acepción de personas. Así lo expresó Jesús: «El pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo» (*Jn.* 6,51b).

Su Cuerpo y su Sangre son realidades que se esconden en las apariencias del pan y del vino. Contienen la vida de Dios, y al creer en este don que viene de arriba, comiéndolo y bebiéndolo, nos alimentamos en el camino de la vida, lo que nos hace capaces de atravesar el instante de la muerte natural, sin temor, confiando en su promesa, porque esa es la vocación que nos viene del Bautismo, cuando fuimos sumergidos en la eternidad que comparten el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Si Él es el Pan viviente, el Pan que ha de dar la vida al mundo, es porque, en primer lugar, ha dado su carne por la vida del mundo: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (*Jn.* 6,54).

El Corpus en la Arquidiócesis de Buenos Aires, celebrado todos los años en los cuatro siglos de existencia, es la ocasión en que los cristianos que estamos dispersos en nuestras casas y cosas, al congregarnos nos hacemos visibles, y advertimos que mantenemos una unidad profunda, somos un solo cuerpo, y no se debe solo a vínculos humanos, sino que depende de lo que creemos y comemos en la Eucaristía, como lo enseña Pablo: «Ya que hay un solo pan, todos nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo Cuerpo, porque participamos de ese único pan» (*I Co.* 10,17).

Una misma comida nos contagia de un mismo espíritu de caridad, el espíritu que ha de unir e iluminar a los miembros de Cristo mientras emprendemos el camino sinodal. Durante el tiempo del Sínodo Arquidiocesano que hemos emprendido en Pentecostés, Él es el Pan del camino sinodal. Queremos volver la mirada al Señor Jesús que anda por las calles de nuestra gran ciudad; deseamos imitar su modo compasivo sobre toda realidad humana, sabiendo que los que viven y transitan en ella son los destinatarios de la Buena Noticia que tenemos que anunciar. No hay camino posible para el Sínodo, fuera del Cuerpo místico de Cristo.

El camino de nuestro Sínodo porteño tiene una sola dirección: de la Eucaristía a las periferias, para encontrarnos con los más alejados. Solo así podremos considerarnos una Iglesia «en salida».

Con Cristo de compañero de camino nos ayudará a escuchar y disponer el corazón a lo que el Espíritu quiere decir a la Iglesia de Buenos Aires. No sé si somos dignos de tener por compañía al Divino Peregrino, pero nos alienta saber que «su misericordia es eterna» (*Sal.* 135), y el banquete del amor que nos dejó, «si bien constituye la plenitud

de la vida sacramental, no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles»<sup>1</sup>.

El Cuerpo de Cristo nos invita a recorrer el camino de la misericordia, «que nos hace encontrar a tantos hermanos y hermanas que tienden la mano esperando que alguien las aferre y poder así caminar juntos»<sup>2</sup>. Deseamos que todos vengan a comer y beber gratuitamente como invita Cristo, «paciente y humilde de corazón» (Mt. 11, 29). Al mismo tiempo, en la tierra bendita del pan, hoy más que nunca, deseamos que no falte en la mesa de las familias pobres, y para que así suceda nos comprometemos – como rezamos en la oración por el Sínodo–: «Queremos ser misioneros misericordiosos, aprender a detenernos, y ser compasivos ante toda miseria humana».

¿Se comprometen a rezar la oración por el Sínodo?

¿Se comprometen a cumplir lo que rezamos?

¡Que el Sínodo sea bendición, motivo de alegría y esperanza para todos!

✠Mario Aurelio Cardenal Poli

---

<sup>1</sup> *Evangelii Gaudium*, 47.

<sup>2</sup> *Misericordia et Misera*, 16.